línea sobre línea

SEDIN • Servicio Evangélico de Documentación e Información

Documentos Apartado 126 • 17244 Cassà de la Selva (Girona) Nº 2

LA EVIDENCIA DE LA RESURRECCIÓN

por J. N. D. Anderson

La Pascua no es primariamente un consuelo, sino un reto. El mensaje de la Pascua es o bien el hecho supremo de la historia o bien un fraude colosal. En los días de la iglesia primitiva parece que la gente se daba cuenta de esta antítesis. Por un lado había un pequeño grupo de hombres y mujeres que trastornaron el mundo con su apasionada proclamación del milagro que había transformado sus vidas; por otro lado, había los que denunciaban toda esta historia como una consumada blasfemia.

Hoy día esta cuestión no es vista tanto como un todo o nada: la nuestra es una edad tolerante, y sospecha de todos los fanatismos. La mayoría de la gente no tiene ningún deseo de atacar el mensaje de la Pascua; pero sólo se lo creen a medias. Para ellos es una historia bonita, llena de significado espiritual, pero, concluyen: ¿por qué preocuparse de su importancia literal?

Esta actitud se aparta de la realidad: o bien la resurrección es algo infinitamente más grande que una bonita historia, o bien es infinitamente menos. Si es verdad, entonces se trata del hecho supremo de la historia; y dejar de ajustar la propia vida a sus implicaciones significa una pérdida irreparable. Si no es verdad, si Cristo no ha resucitado, entonces el cristianismo es del todo un fraude lanzado sobre el mundo por unos embusteros consumados o, en el mejor de los casos, por unos estúpidos engañados. Pablo se daba cuenta de ellos cuando escribió: «Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que Él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan.»[1]

Por tanto, la cuestión es: *¿Es cierta o falsa la resurrección de Jesucristo?* Nos es vital decidirnos por una respuesta a esta pregunta. Pero ¿cómo podemos hacerlo? ¿cómo podemos examinar la evidencia de un acontecimiento que sucedió hace más de mil novecientos años?

Encontrar los datos relevantes no es una tarea tan dura como pudiera parecer. Tenemos al menos dos métodos disponibles: (1) Podemos examinar la evidencia histórica, y (2) podemos aplicar la prueba de la experiencia. Se podría examinar la evidencia histórica para determinar si es coetánea, honesta, convincente y susceptible de cualquier interpretación naturalista. La experiencia se pone a prueba verificando el efecto de las demandas y de la resurrección de Cristo en nuestras propias vidas y en las de otros. En este artículo nos atañe primariamente el primero de estos métodos.

EL TESTIMONIO ESCRITO

¿Qué documentos nos ofrecen la historia de la Pascua? Los documentos primarios son los testimonios escritos de seis testigos: Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pablo y Pedro, apoyados por los testimonios de la iglesia primitiva.

Con frecuencia no nos percatamos de los grandes avances que la investigación moderna ha realizado en la determinación de la fecha y paternidad de estos registros escritos. En el siglo XIX, un número de incrédulos, dotados de una considerable erudición, hicieron grandes esfuerzos para demostrar que los evangelios habían estado escritos a mediados del siglo II d.C. (alrededor de cien años después de los acontecimientos), cuando la leyenda y la imaginación habrían podido distorsionar los hechos. Pero este intento ha fracasado. Ha quedado aplastado bajo el peso de la evidencia histórica positiva que crece más y más con el paso del tiempo.

Los relatos escritos de la vida de Cristo fueron registrados en una fecha extraordinariamente cercana a los hechos. He aquí tres ejemplos:

Pablo, en su carta a los Corintios,[2] da una lista detallada de diversas apariciones de la Resurrección. Apenas si se encuentra un erudito que haya puesto en duda la genuinidad de Primera Corintios; su fecha de redacción está establecida sobre el 56 d.C. El apóstol escribe a los Corintios mencionando que él ya les había dado oralmente a sus lectores aquella información (o sea, el 49 d.C.), y que él también la había «recibido», se supone que de aquellos que eran apóstoles antes que él.[3] Esto nos puede situar en el 40 d.C., dentro de los diez años posteriores a la crucifixión.

Marcos, en su evangelio, precede su relato de las apariciones de la resurrección con la historia del sepulcro vacío. Generalmente, se acepta que el evangelio de Marcos representa la enseñanza de Pedro, y que fue escrito en una época muy cercana a los acontecimientos. Algunos eruditos modernos creen que existía una versión aramea con una fecha tan temprana como el 44 d.C.

Lucas es nuestro tercer testigo. Su evangelio añade información sustancial a nuestro conocimiento de la visita a la tumba, y de las apariciones posteriores, y da el relato más pleno de la primera predicación de los apóstoles. El tercer evangelio y los Hechos de los Apóstoles han estado ampliamente aceptados como una redacción genuina de Lucas, el «médico amado». Además, Sir William Ramsay y otros han mostrado que, como historiador, Lucas era minuciosamente detallista.

Estos tres documentos fueron seleccionados porque los críticos sin prejuicios no podían excluir estos relatos apostólicos desde el punto de vista bien de la paternidad, bien de la antigüedad de fecha. Pero no hemos de olvidar los relatos escritos de Mateo, Juan y Pedro, porque estos hombres también escribieron documentos autorizados.

¿Qué hay, pues, de esta evidencia? Es extremadamente cercana a los hechos, y mucha se remonta a la primera década de la era cristiana. Así la evidencia es coetánea y ha de ser, al menos, aceptada[4] como un registro sustancial de testigos oculares. ¿Cómo podemos esquivar las implicaciones? Se han hecho diversos intentos. Consideraremos los ejemplos principales, que son examinados brevemente a continuación.

TEORÍAS SOBRE LA RESURRECCIÓN

La teoría más radical consiste en dejar de lado toda la historia como una *invención deliberada*. Pero pocos críticos inteligentes podrán ir tan lejos. Pensemos en el número de testigos. Pablo nos dice en el 56 d.C. que la mayoría de unos quinientos testigos originales aún estaban vivos. Hemos de recordar que la mayoría de los primeros registros fueron dados, por decirlo así,

con la autoridad colectiva de la iglesia inicial. Pensemos en el carácter de los testigos. Ellos dieron al mundo la enseñanza moral y ética más grande que nunca ha conocido; y ellos vivieron conforme a esto, como incluso sus opositores se vieron forzados a admitir. Pensemos en el cambio formidable que tuvo lugar en estos hombres. ¿Se puede concebir, quizá, que una mentira deliberada cambiase un grupo de cobardes en héroes, y que los inspirase a vivir una vida sacrificada que frecuentemente acababa en el martirio? La psicología enseña que nada hace al hombre más propenso a la cobardía que una mentira que pese sobre su conciencia. ¿Es quizá posible que, incluso en la frustración o la agonía, ninguno de estos conspiradores divulgase el secreto?

Otros utilizan un término algo más amable y describen los relatos de la resurrección como *leyendas*. Pero esto es igualmente imposible. Ya hemos visto que los registros escritos eran demasiado cercanos a los hechos para que se pudiese dar un crecimiento legendario. Unas «leyendas» puestas en circulación y registradas por testigos oculares originales no son demasiado distinguibles de unas invenciones deliberadas. Y una razón adicional para rechazar esta sugerencia la tenemos en la evidencia intrínseca de las historias mismas que contradicen la teoría de manera enfática. La clase de episodios que describen los fabricantes de leyendas (como la escena de la resurrección de Cristo, o una aparición de Cristo para confundir a sus enemigos) brillan por su ausencia, lo mismo que cualquier intento de describir su aparición a Santiago o a los otros. ¿Qué fabricante de leyendas hubiese inventado que la primera aparición de Cristo sería a María Magdalena, una mujer de poca categoría en la iglesia? Parece más probable que un falsificador hubiese dado este honor a la madre de Cristo, o a Pedro o Juan. ¿Quién puede leer estas historias del viaje a Emaús, de la aparición del Cristo a María Magdalena, o de Pedro y Juan corriendo hacia el sepulcro, sin la profunda conciencia de que no se trata en absoluto de leyendas? Los detalles de estos registros, dignos y refrenados, son demasiado fieles a la vida para ser considerados legendarios.

Estas dos teorías, la de la *invención deliberada* y la de la *leyenda*, se desmoronan delante de la realidad de la tumba vacía. Pocos eruditos las consideran seriamente. Las únicas interpretaciones racionalistas de cualquier mérito admiten la sinceridad de los registros, pero intentan explicarlos sin recurrir a lo milagroso. Estas explicaciones están caracterizadas por una intensa distinción entre los registros de las visitas a la tumba y los registros de las apariciones de Cristo: las primeras son explicadas con una variedad de ingeniosas teorías, y las últimas son consideradas como fenómenos psicológicos o psíquicos.

TEORÍAS DE «TUMBA VACÍA»

La explicación más antigua de la tumba vacía es que los discípulos robaron el cuerpo.[5] No obstante, esta sugerencia ha sido abandonada. Es imposible, tanto desde el punto de vista psicológico como ético. Los discípulos no eran precisamente el tipo de gente que hubiese podido llevar a término esta empresa, por mucho que se estire la imaginación; tampoco se puede conciliar un fraude deliberado de esta naturaleza ni con sus caracteres ni con su conducta posterior. Incluso si unos cuantos hubiesen actuado con independencia del grupo, es inconcebible que nunca lo hubiesen dicho a los otros. ¿Acaso es razonable que ninguno de ellos, ni bajo tortura o martirio, admitiese nunca el engaño? Nunca se ha conocido ni un murmullo de un rumor semejante dentro de la iglesia.

Más plausible es la sugerencia de que o bien las *autoridades judías o las romanas, o bien José de Arimatea, se hubiesen llevado el cuerpo del sepulcro*. Pero ¿por qué? Cuanto más se estudian las hipotéticas razones para este traslado, junto con las ocasiones y circunstancias sugeridas, menos probables parecen. Pero hay una consideración aún más decisiva. Si las autoridades trasladaron el cuerpo, ¿por qué no lo dijeron, abortando de esta forma la predicación de la resurrección? Hemos de recordar que al cabo de siete semanas Jerusalén estaba hirviendo a causa de esta predicación. Las autoridades no sólo deseaban aplastar esta peligrosa herejía, sino que también se quejaban de que los apóstoles intentaban «echar sobre nosotros la sangre de este hombre».[6] Los seguidores de Cristo acusaron públicamente a las autoridades de haber negado al Santo y al Justo y de dar muerte al Autor de la Vida.[7] ¿Por qué el Sumo Sacerdote no hizo una declaración de que el cuerpo había sido trasladado bajo sus órdenes o cumpliendo órdenes de los romanos? ¿Por qué las autoridades no tomaron por testigos a los que habían tomado parte en el traslado? ¿Por qué no indicaron la verdadera tumba, o, como último recurso, no presentaron los restos corrompidos del cadáver de Cristo? ¿Por qué, en lugar de todo esto, aquella mísera calumnia contra los discípulos?

Por lo que hace referencia a José de Arimatea, el crítico ha de decidir entre la declaración evangélica según la cual era un discípulo secreto que proveyó la tumba por reverencia a su Maestro,[8] y la sugerencia alternativa de que se trataba de un judío piadoso que quería asegurar el entierro del cuerpo (¿pero por qué sólo de *aquel* cuerpo?) antes del sábado. Si aceptamos el primer punto de vista, parece improbable que hubiese querido trasladar el cuerpo e increíble que no hubiese informado a los apóstoles, y esto nos conduce de nuevo a la teoría del engaño, considerada anteriormente. Si aceptamos el punto de vista alternativo, es igualmente improbable que hubiese actuado sin el conocimiento previo de las autoridades. Y es inconcebible que no les hubiese informado después, cuando Jerusalén estaba hirviendo con la predicación de la resurrección. Esto nos vuelve otra vez a la objeción tratada en el párrafo anterior.

Otra sugerencia es que las mujeres fueron a una *tumba equivocada*. No conocían Jerusalén demasiado bien y llegaron allí en la incierta luz de la madrugada; se perdieron. Un joven que se encontraba por allí se dió cuenta de sus propósitos, y les dijo: «Buscáis a Jesús ... No está aquí. Mirad (señalando a otra tumba) el lugar donde lo pusieron.» Pero las mujeres se llenaron de pavor y salieron corriendo. Después llegaron a creer que el joven era un ángel con el anuncio de que su Señor había resucitado de entre los muertos.

Esto es muy ingenioso, aunque implica la omisión arbitraria de la frase «Ha resucitado» justo en el centro de las palabras del joven.[9] Es significativo, no obstante, que los proponentes de esta teoría se dan cuenta que no es tan fácil como parece, viéndose impulsados a introducir interpretaciones en la misma. Por ejemplo, añaden por lo general que cuando las mujeres huyeron de la tumba no informaron inmediatamente a los apóstoles de lo que había sucedido. Pero ¿por qué los apóstoles no comprobaron los hechos, o no comenzaron a predicar la resurrección en el acto, sin aquel retardo de siete semanas? Los proponentes de esta hipótesis explican esta falta de contacto entre las mujeres y los apóstoles con la suposición de que los apóstoles ya habían huido de Jerusalén a Galilea, y que no regresaron hasta unas tres semanas después con los relatos de las apariciones a Galilea. Las mujeres no contaron la historia de su visita a la tumba hasta que los apóstoles regresaron a Jerusalén. Entonces, los apóstoles, obsesionados con sus propias experiencias místicas o psíquicas, sumaron dos y dos y lograron al menos cinco.

Pero ¿por qué todos los apóstoles hubieron de huir tan precipitadamente? Sin duda que Jerusalén no era un lugar demasiado seguro para ellos en aquellos momentos, pero en este caso ¿por qué habrían de dejar las mujeres atrás? Una acción así hubiese sido totalmente cobarde y vil. Y las mujeres ¿por qué no los habrían de seguir? ¿Por qué se quedaron solas por tres largas sema-

Director: Santiago Escuain
Administración: Ester Ayala
Documentación: Iván Capuz
Para toda correspondencia:
SEDIN • Apartado 126 • 17244 CASSÀ DE LA SELVA (Girona) • ESPAÑA

D.L.: B-30934-94

La serie Documentos de ***línea sobre línea*** tiene por objeto examinar cuestiones fundamentales tocantes a la propuesta que Dios hace al hombre mediante Cristo Jesús. Tiene como objetivo presentar defensa de la esperanza que ofrece el Evangelio, las buenas nuevas de Dios acerca de Jesucristo y la salvación que Dios ha obrado mediante Él, y que mediante Él ofrece a todos. Una defensa frente al escepticismo, naturalismo y materialismo modernos, «derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.»

nas, en contra de sus costumbres normales y en circunstancias aparentemente peligrosas? Todo resulta muy difícil y oscuro.

Pero esta teoría y la anterior se rompen en el mismo punto. ¿Por qué, si así fue, los sacerdotes no presentaron al joven y denunciaron todo el engaño? ¿Por qué no señalaron la tumba verdadera o enseñaron el cuerpo? ¿Y por qué no leemos de ningún rumor de la antigüedad mencionando alguna otra posible tumba como lugar de peregrinación y de reverencia? Parece que sólo hay una respuesta: todos, tanto los amigos como los enemigos, conocían la verdadera tumba y sabían que estaba vacía.

Se ha sugerido otra explicación de los fenómenos. La propuso Venturini a comienzos del siglo XVIII, y es como sigue: Leemos en los evangelios que se informó que Cristo había muerto un poco antes de lo normal; Pilato quedó evidentemente sorprendido de que «ya hubiese muerto».[10] En realidad, naturalmente, *no estaba muerto*, y solamente había desfallecido debido al agotamiento provocado por la agonía de la crucifixión y de la pérdida de sangre. Es en esta condición que fue sepultado. La frescura y la quietud de la tumba lo reanimaron, y finalmente salió y se mostró a sus discípulos. Pero aquellos hombres ignorantes creyeron que había resucitado de entre los muertos.

Esto vuelve a parecer ingenioso pero es totalmente insostenible. En primer lugar, los relatos más antiguos son enfáticos sobre el hecho de su muerte. Todo el mundo, los romanos, los judíos, los discípulos, resultaron igualmente unánimes. De entre todas las insinuaciones lanzadas contra el cristianismo desde el principio, no se ha oído ni un rumor de esta clase.

Pero supongamos por un momento que Cristo desfalleciese de puro agotamiento y que fuese sepultado en esta condición. Por lo que parece, se nos pide que creamos que tres días en una tumba fría, sin alimentos ni atención médica, lo reanimarían de tal manera que, en lugar de resultar el último golpe sobre su vacilante vida, pudo:

- librarse de las telas funerarias cargadas de especias con que estaba envuelto.
- remover una piedra que tres mujeres se sentían incapaces de desplazar.
- aterrorizar a los guardias romanos, y
- caminar unos cuantos kilómetros con los pies traspasados y heridos.

Sobre este punto, escuchemos al escéptico Strauss:

> «Es imposible que un ser que hubiese salido medio muerto del sepulcro, arrastrándose medio muerto y enfermo, necesitando asistencia médica y precisando de vendajes, recobrar fuerzas, y recibir las atenciones de los suyos, y que finalmente cediese bajo sus sufrimientos, hubiese podido dar a sus discípulos la impresión de que era el vencedor sobre la muerte y el sepulcro, el Príncipe de la Vida; impresión ésta que constituyó la base de su ministerio futuro. Una reanimación así ... no hubiese podido de ninguna manera cambiar su tristeza en entusiasmo, ni haber elevado su reverencia en adoración».[11]

Además, un Cristo así se hubiese constituido en parte de un grosero engaño. ¿Acaso un crítico inteligente sugeriría tal cosa?

Quedan por considerar tres puntos adicionales sobre la tumba. *Primero*, ¿por qué no encontramos ninguna mención de la historia de las mujeres en las primeras predicaciones apostólicas, tal como quedan registradas en el libro de los Hechos y en algunas epístolas? Pedro y los otros, en sus predicaciones apologéticas y evangelísticas sobre el hecho de la resurrección, insistieron una y otra vez en que (1) era un cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento; (2) demostraba que Aquel así resucitado había sido enviado por Dios y está ahora exaltado como Príncipe y Salvador; y (3) ellos eran testigos oculares de aquello que proclamaban. Pero en toda su predicación pública no encontramos ninguna referencia a la tumba. Se encuentran los relatos solamente en los registros (los evangelios) que fueron escritos para la instrucción de los nuevos convertidos. Ciertamente, solamente puede haber una explicación de esta singular omisión: El *hecho* de la tumba vacía era de conocimiento general, y no era preciso insistir acerca de ello; la única controversia giraba en torno a la explicación de los hechos. Por esto, era en la explicación que se concentraban los apóstoles.

Segundo: ¿Cómo podemos explicar el evidente descuido de la tumba en los tiempos de los apóstoles? No hay ninguna evidencia de que se convirtiera en un centro de peregrinación, ni tan sólo de reverencia o interés. Quizá se pueda comprender esto en hombres y mujeres creyentes en la resurrección, pero ¿qué diremos de todas las multitudes que, aunque no fuesen profesantes del cristianismo, deberían haber quedado profundamente influenciadas por el profeta de Galilea; algunos, incluso, habiendo sentido su toque sanador?

Tercero, la frase que hemos utilizado repetidas veces, la tumba *vacía*, no es rigurosamente exacta. Un relato de un testigo ocular nos registra la visita de Juan y Pedro a la tumba, en un pasaje vívido, aunque contenido:

«Así que Pedro emprendió el camino, y el otro discípulo; e iban hacia el sepulcro; y comenzaron a correr los dos juntos; y el otro discípulo se adelantó, corriendo más rápido que Pedro, y llegó el primero al sepulcro, y observando su interior vio que estaban allí las telas de lino, pero no entró. A continuación llegó Simón Pedro y entró en el sepulcro; y fijó su atención en las telas allí puestas, y en el sudario que había estado en su cabeza, no junto con las telas de lino, sino aparte, recogido en un lugar. Entonces el otro discípulo entró también —el que había llegado primero al sepulcro— y vio y creyó.»[12]

Así que las telas de lino y el sudario aún estaban allí, no deshechas o desordenadas, sino puestas justo como estarían si el cuerpo hubiese desaparecido o las hubiese atravesado, la capa superior caída sobre la inferior, y el sudario separado del resto por el espacio donde había estado el cuello. Pero el cuerpo no estaba allí.

Así, la tumba vacía constituye una verdadera roca contra la que todas las teorías racionalistas de la resurrección se estrellan en vano.

LAS APARICIONES DEL CRISTO RESUCITADO

¿Se pueden marginar o racionalizar las mismas apariciones del Señor? Ya hemos visto que no pueden ser descartadas como mentiras o leyendas; fueron testificadas por testigos oculares que estaban convencidos de su veracidad. Todo esto es generalmente admitido por eruditos competentes. ¿Cómo, pues, podemos esquivar sus implicaciones? La única sugerencia factible sería la posibilidad de que se tratase de alguna alucinación o de algún fenómeno psicológico o psíquico.

No obstante, la medicina moderna ha mostrado que incluso los fenómenos psicológicos obedecen a unas ciertas leyes y pueden ser sometidos a ciertas pruebas. Examinemos más de cerca estos fenómenos a la luz de estos principios.

1. Sólo *ciertos tipos de personas* son normalmente susceptibles a tales experiencias (los caracteres más excitables e imaginativos). Pero en cierta ocasión, una multitud de quinientas personas afirmaron, *todos ellos*, haber visto a Cristo; grupos más reducidos afirmaron lo mismo en otras ocasiones. Entre ellos tenemos una María Magdalena muy emotiva, pero también un cobrador de impuestos nada romántico, un número de prosaicos pescadores, y otras personas con una gran variedad de disposiciones.

2. Las alucinaciones son extremadamente *individualistas* porque su fuente es la mente subconsciente del receptor. No habrá dos personas que experimenten los mismos fenómenos. Pero el grupo de quinientos afirmaron haber experimentado la misma «alucinación», en el mismo momento y lugar. Lo mismo cabe decir de otros grupos diversos.

3. Este tipo de fenómenos tiene generalmente que ver con un acontecimiento *esperado*, sobre el cual se ha meditado y del que se ha deseado ser durante mucho tiempo el receptor. Por ejemplo, una madre solitaria puede haber anhelado durante tanto tiempo el regreso de su hijo pródigo, que cree haberlo visto realmente. Pero las mismas circunstancias nos muestran que los discípulos no estaban esperando las apariciones de Cristo. Se hallaban tristes y derrotados; su esperanza parecía haber muerto.

4. Las experiencias psíquicas suelen suceder en *lugares y momentos adecuados*: al anochecer, de noche o por la madrugada, y en lugares característicos. Pero estas «alucinaciones» ocurrieron en diferentes momentos y lugares: en una habitación alta al caer la tarde, cerca del sepulcro de madrugada, durante una caminata por el campo por la tarde, después de una pesca matutina en el lago, y en un monte de Galilea.

5. Por último, estas obsesiones generalmente *se repiten durante largo tiempo*, con un cierto grado de regularidad, bien aumentando, bien

disminuyendo de frecuencia con el paso del tiempo. Pero los fenómenos que estamos considerando tuvieron lugar durante un breve intervalo de cuarenta días, y después cesaron abruptamente. Ninguna persona involucrada tuvo jamás otra visión posterior.

Si tratamos de explicar estos fenómenos por medio de los pretendidos resultados del espiritismo moderno, nos encontramos con más dificultades. Parece que no se dan algunas de las condiciones necesarias. Es evidente que las apariciones de la resurrección no dependían: (1) de la presencia de ningún *medium*, (2) de ningún grupo de buscadores de lo sobrenatural, ni (3) de ningún otro tipo de condiciones determinadas. Aquel que aparecía no era una simple emanación espiritual. Podía ser visto claramente y oído de manera patente; podía ser tocado;[13] podía caminar por el campo,[14] cocer pescado[15] y comerlo.[16] Se podían ver y palpar las marcas de Sus sufrimientos.[17]

Cuanto más cuidadosamente se estudia esta cuestión, tanto más imposible resulta explicar estas apariciones como un tipo de alucinación. Y no habrá ninguna teoría válida que intente explicar el fenómeno como una mera supervivencia del Espíritu de Jesús. La cuestión que estamos discutiendo es mucho más definida. Los registros son unánimes: Su Espíritu inmortal volvió a Su cuerpo humano mutilado; Su cuerpo fue cambiado instantánea y milagrosamente en un cuerpo nuevo, espiritual, diferente de Su carne y sangre mortales, pero de todas maneras identificable.

OTRAS EVIDENCIAS

Se podría decir mucho más, pero en este artículo sólo podemos compendiarlo brevemente:

1. Existe una gran compañía por todo el mundo denominada Iglesia Cristiana. En la historia se la puede remontar hasta Palestina, alrededor del 30 d.C. ¿A qué se debe su origen? Sus registros más antiguos afirman claramente que su origen data de la resurrección de su Fundador de entre los muertos. ¿Qué otra sugerencia explica los hechos?

2. Existe la institución del Domingo Cristiano, que también puede ser remontada al mismo lugar y fecha. ¿Qué diremos sobre su origen? Los judíos estaban fanáticamente adheridos a su Sábado. Considerando que la iglesia en su origen era casi exclusivamente judía, se precisaría de un acontecimiento de significación profunda y revolucionaria para hacerlos cambiar al primer día de la semana. Y así fue; ni más ni menos que la resurrección. La misma línea de razonamiento podría aplicarse a la observación de la Pascua.

3. Consideremos el éxito de la iglesia primitiva. La base y sustancia de la predicación apostólica era la resurrección, y fue predicada a pocos minutos del camino de la tumba de José. ¿Cómo podemos explicar los miles que creyeron, a pesar de la feroz oposición, y el gran número de sacerdotes que se adhirieron a la fe?[18] La respuesta parece decisiva: el hecho básico de la tumba vacía era indiscutible.

4. Aún más, ¿cómo explicamos el extraño intervalo de siete semanas entre el acontecimiento y su primera proclamación? Ningún inventor de falsas evidencias y ningún soñador de leyendas hubiese fabricado esta historia así. La única explicación adecuada es la que aparece en los registros mismos: Los discípulos pasaron los primeros cuarenta días en comunión intermitente con su Señor resucitado. Durante los diez días siguientes esperaron, como les ordenó Cristo, por «la promesa del Padre», el Espíritu Santo, que había de infundirles poder.[19]

5. También, parece indiscutible que el mismo Cristo predijo Su crucifixión y resurrección. Incluso el crítico que intenta explicar la claridad de algunas de las predicciones como reminiscencias *ex post facto*, ha de explicar la acusación en Su juicio. Jesús, se afirmó, había dicho: «Puedo destruir el templo de Dios, y volver a levantarlo en tres días.»[20] Esto es, evidentemente, una versión mutilada de Sus palabras reales sobre Su futura pasión y resurrección.

6. ¿Y qué de los mismos apóstoles? ¿Qué hizo cambiar aquel puñado de pobres y vencidos cobardes en un grupo de irresistibles misioneros que pusieron el mundo del revés porque ninguna oposición podía detenerlos? ¿Qué cambió a Pedro de un hombre débil que negó a su Maestro bajo las preguntas de una joven esclava, a un hombre que no podía ser silenciado por todo el Sanedrín? Pablo y los evangelistas nos dan parte de la explicación: Se apareció a Pedro.[21] ¿Qué es lo que cambió a Jacobo, el hermano humano del Señor, y que no era en absoluto partidario de Él, en el líder reconocido de la iglesia en Jerusalén, y todo en el corto espacio de unos pocos años? Se nos dice: «Se apareció a Jacobo.»[22] ¿Qué otra cosa hubiese podido llevar a este antiguo crítico a describir a su hermano como «el Señor de la Gloria»?[23] ¿Y qué de Saulo el perseguidor (que debió haber conocido todos los hechos sobre la tumba de José), y de Esteban el mártir, y de la multitud de otros testigos?

7. Consideremos la experiencia de los cristianos a lo largo del tiempo. Una gran multitud de hombres y mujeres, de alta o baja posición, ignorantes o instruidos, civilizados y salvajes, réprobos y respetables, han encontrado su salvación y gozo en el Cristo resucitado y vivo. Sus vidas transformadas han dado testimonio de la realidad de su experiencia.

8. Finalmente, consideremos a Aquel que resucitó. Algún crítico podrá objetar que una resurrección de entre los muertos es cosa tan increíble que ninguna cantidad de evidencia será suficiente. (Una actitud así parece llena de prejuicio y acientífica, pero de todas maneras la consideraremos). Supongamos que la resurrección de un hombre *ordinario* sea increíble. Pero esta línea de razonamiento no puede ser aplicada a Aquel que estamos considerando. Él fue único: en todo lo que hizo, en todo lo que dijo, en todo lo que fue. Sea como sea que lo miremos, Él está en una clase en solitario. Incluso aparte de la resurrección, hay razones excelentes y convincentes para creer que Él era «Dios manifestado en carne.» ¿Por qué es pues increíble que una Persona así resucitase de entre los muertos? Hubiese sido mucho más increíble si no hubiese resucitado. El más hondo de todos los misterios es que muriese «por nosotros los hombres y por nuestra salvación.» Pero habiendo muerto, no es ningún misterio que también resucitase.

La prueba definitiva de la resurrección, para cada persona, está en su conocimiento del Cristo resucitado, porque en esta cuestión la evidencia de la experiencia puede hacer de suplemento a la evidencia de la historia. La promesa del Salvador resucitado se mantiene: «Mira, estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré a él y comeré con él, y él conmigo.»[24]

Si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré a él y comeré con él, y él conmigo.

NOTAS

1. 1 Corintios 15:14-15.
2. Ver 1a Corintios 15:3-7.
3. Ver Gálatas 1:18-19.
4. Aunque acepta plenamente la inspiración divina de estos registros, el autor desea no dar nada por supuesto en este artículo.
5. Mateo, 28:11-15.
6. Hechos 5:28.
7. Hechos 3:14-15.
8. Mateo 27:57 y ss.
9. Ver Mateo 28:6; Marcos 16:6 y Lucas 24:6.
10. Marcos 15:44.
11. David Strauss, *The Life of Jesus for the People*, I (Londres, 1879).
12. W. Temple, *Readings in St. John's Gospel* (New York, St. Martins Press, Inc.) pág. 376.
13. Lucas 24:39.
14. Lucas 24:15.
15. Juan 21:9.
16. Lucas 24:41-43.
17. Juan 20:27.
18. Hechos 6:7.
19. Hechos 1:3-8.
20. Mateo 26:61
21. Ver 1 Corintios 15:5 y Lucas 24:34.
22. 1 Corintios 15:7.
23. Santiago 2:1.
24. Apocalipsis 3:20.

Versión castellana: Francesc Closa

J. N. D. Anderson fue Profesor de Leyes Orientales y Director de Altos Estudios Legales en la Universidad de Londres. Es una autoridad en el tema de evidencias legales.